



# UN CORAZÓN PARADOS

JESSI KIRBY

 Planeta

JESSI KIRBY

UN CORAZÓN  
PARA DOS

Traducción de  
Eloy Pineda

 Planeta

Título original: *Things we Know by Heart*

© Jessi Kirby, 2015

Publicado de acuerdo con HarperCollins Children's Books, una división de HarperCollins Publishers

© por la traducción, Eloy Pineda, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14510-3

Depósito legal: B. 14.792-2015

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

La comunicación con los receptores del trasplante puede ayudar a los familiares de los donantes tras su pérdida... En general, las familias de los donantes, los receptores, y sus parientes y amigos se pueden sentir reconfortados al hablar sobre sus experiencias con la donación... El regalo de la vida... Pueden pasar meses o años antes de que alguno de ellos esté listo para enviar o recibir correspondencia, o tal vez nunca llegue a haber ninguna relación.

Programa de Servicios a las  
Familias de los Donantes  
Alianza de Vida

Cuatrocientos días.

Repito el número en mi cabeza. Dejo que se apodere del sentimiento de vacío mientras aprieto el volante. No puedo permitir que se vaya como cualquier otro día. Cuatrocientos merece algún reconocimiento. Como trescientos sesenta y cinco, cuando le llevé flores a su madre y no a su tumba, porque sabía que él habría querido que las tuviera ella. O como en su cumpleaños. Eso fue cuatro meses,

tres semanas y un día después: el día ciento cuarenta y dos.

Lo pasé sola. Ese día no tuve ánimo para ver a sus padres y, en realidad, una parte pequeña y secreta de mí creía que, si yo estaba sola, quizá él podría regresar, cumplir dieciocho años y seguir donde nos habíamos quedado. Estudiar el último año conmigo, enviar solicitudes a las mismas universidades, regresar por última vez a casa o ir al baile de graduación, lanzar los birretes al aire y besarnos hasta que llegaran al suelo.

Cuando él no regresó, cogí una sudadera que aún conservaba su olor, o eso pensaba yo. La apreté contra mi cuerpo y pedí un deseo. Deseé, con todas las fuerzas, que no tuviera que hacer ninguna de estas cosas sin él. Y mi sueño se hizo realidad. El último año se transformó en una niebla. No envié por correo las solicitudes a la universidad. No salí a comprar el vestido para el baile de graduación. Olvidé que había un cielo para besarnos debajo de éste.

Los días pasaron, uno tras otro, sin fin; parecían infinitos, pero se fueron en un parpadeo, como las olas que se rompen en la orilla, o las estaciones que pasan. O el latido de un corazón.

Trent tenía un corazón de atleta: fuerte, estable, diez latidos más lento que el mío. Antes, nos acostábamos pecho contra pecho, y yo respiraba más lento

para seguir su ritmo. Trataba de engañar a mi pulso para que hiciera lo mismo; pero nunca funcionó. Tres años después, mi pulso se aceleraba con sólo estar cerca de él. Pero encontrábamos nuestra propia sincronía, con su corazón latiendo a un ritmo lento y estable y el mío llenando los espacios intermedios.

Cuatrocientos días y demasiados latidos por contar. Cuatrocientos días, demasiados lugares y momentos donde Trent ya no existe. Y aún sin respuesta de uno de los pocos sitios donde sí existe.

Un claxon suena detrás de mí, y me saca brusca-mente de mis cavilaciones. Por el espejo retrovisor puedo ver al conductor que sigue maldiciendo mientras maniobra para adelantar a mi coche. Se lo ve furioso y está gritando a través de su parabrisas: «¿¡Qué demonios haces?!».

Me pregunté lo mismo al entrar en el coche. No estoy segura de lo que estoy haciendo, sólo sé que tengo que hacerlo porque debo verlo con mis propios ojos. Por lo que sentí cuando vi a los otros receptores.

Norah Walker fue la primera receptora en contactar con la familia de Trent, aunque su nombre lo supieron después. Los receptores y las familias de sus donantes pueden ponerse en contacto en cualquier momento a través del coordinador de trasplantes, pero recibir aquella carta fue una sorpresa para todos nosotros. La madre de Trent me llamó el día después

de recibirla y me pidió que fuera a su casa. Nos sentamos juntas, en una sala bien iluminada, en ese hogar que guardaba tantos recuerdos, como aquel día en que pasé corriendo frente a la puerta, hasta cinco veces, deseando que él notara mi presencia.

Oí sus pasos que trataban de alcanzarme y empecé a correr más despacio, sólo lo suficiente para que llegara junto a mí. Se las arregló para hablar, con la respiración entrecortada.

—¡Eh! —Respiración—. ¡Espera! —Respiración.

Teníamos catorce años. Éramos unos desconocidos hasta ese momento. Hasta esas dos palabras.

Cuando fui a casa de Trent a hablar con su madre, me senté en el sillón donde él y yo solíamos ver películas y comer palomitas del mismo bol. Fueron sus palabras y la gratitud que había en ellas las que me sacaron del lugar oscuro y solitario en el que yo había habitado durante mucho tiempo. La carta, escrita con letra temblorosa y en un papel bonito, despertó algo en mí. Era sencilla. El receptor estaba profundamente apenado por la muerte de Trent. Profundamente agradecido por la vida que le había dado.

Esa noche regresé a casa y le escribí una respuesta: le quería agradecer la vitalidad que me había otorgado con sus palabras. Y, la noche siguiente, escribí a otro receptor, y más tarde a otro: cinco en total. Cartas anónimas para personas anónimas a las que que-

ría conocer. Y, cuando se las envié al coordinador de trasplantes para que las hiciera llegar a los receptores, fue con la leve esperanza de que esas personas me escribieran una respuesta. Que pudieran darse cuenta de mi presencia, como él lo hizo.

*Me vuelvo y veo que él está allí, sonriendo, apretando un girasol que es más alto que yo. Su tallo se arrastra detrás de él.*

—Soy Trent —dice—. Me acabo de mudar aquí, en esta misma calle. Debes de vivir cerca, ¿verdad? Esta semana te he visto pasar todas las mañanas. Eres rápida.

*Me muerdo el labio inferior mientras caminamos. Sonríe por dentro. Trato de no confesar que todos esos días he reservado la velocidad para el tramo de camino frente a su casa. Desde que el camión de la mudanza se detuvo en el camino de la entrada, y él bajó de un salto.*

—Soy Quinn, digo. —Respiración.

Escribir las cartas me hizo sentir como si pudiera respirar de nuevo. Escribí sobre Trent y sobre todo lo que me dio cuando estaba vivo. La sensación de que podía hacerlo todo. Felicidad, amor. Las cartas eran una manera de honrarlo y una esperanza de algo más. Una mano anónima que se estiraba hacia el vacío, buscando una conexión. Una respuesta.

*Me río porque él aún no ha recuperado el aliento, y porque no parece recordar que lleva un enorme girasol en la mano.*



*—Oh —dice, siguiéndome la mirada—, se suponía que éste era para ti. Yo... —Se pasa una mano por el pelo, parece nervioso—. Yo lo he arrancado por allí, cerca de la reja.*

*Lo extiende hacia mí y se ríe. Es una risa que quiero seguir escuchando.*

*—Gracias —respondo. Y estiro la mano para cogerlo. Lo primero que me regaló.*

Después de doscientos ochenta y dos días, y de enviar y recibir muchas cartas, de rellenar formularios de aceptación y de recibir asesoría previa a la reunión, su madre y yo fuimos a la oficina de Servicios a las Familias de los Donantes, nos sentamos juntas y esperamos a que llegaran; queríamos conocerlos en persona.

Norah fue la primera que habló con nosotras y que nos tendió la mano. A pesar de todas las veces que me había imaginado el encuentro, no estaba preparada para lo que sentí cuando nos cogimos de la mano, la miré a los ojos y supe que también había en ella una parte de Trent. Una parte que le había salvado la vida a la chica y le había dado la oportunidad de ser madre de una pequeña niña, de pelo rizado, que miraba desde detrás de las piernas de Norah, y esposa del hombre que estaba de pie junto a ella, llorando.

Cuando la mujer respiró hondo, con los pulmones de Trent, y acercó mi mano a su pecho, para que

sintiera cómo se llenaban y se expandían, mi corazón también se llenó.

Pasó lo mismo con los demás receptores que conocí: Luke Palmer, siete años mayor que yo, nos tocó una canción con su guitarra, y podía hacerlo gracias a que Trent le había dado un riñón. Estaba John Williamson, un hombre callado pero cálido, mayor de cincuenta años. Escribió varias cartas poéticas acerca de la manera en que su vida había cambiado desde que recibió el trasplante de hígado. Aquel día luchó para encontrar las palabras correctas con las que poder expresarse en esa pequeña recepción. Y luego estaba Ingrid Stone, una mujer con los ojos de un tono azul claro, tan diferentes de los ojos de color café de Trent, pero que podía ver el mundo de nuevo, y pintarlo con colores vivos, gracias a ellos.

Dicen que el tiempo sana todas las heridas, pero conocer a esa gente, una improvisada familia de extraños que estaban unidos por una sola persona, sanó más en mí que todo el tiempo que había pasado en los días anteriores.

Por eso, cuando no tuve respuesta del último de los receptores empecé a buscarlo. Realicé búsquedas en internet, comparé fechas con noticias y hospitales, hasta que lo encontré con tanta facilidad que casi no me lo creía. Ante los demás, he fingido que comprendo la razón por la que no ha respondido. Que, como

nos dijo la mujer de los Servicios a las Familias de los Donantes, algunas personas nunca responden y se debe respetar su decisión.

He actuado como si no pensara en él todos los días ni me preguntara por esa decisión. Como si hubiera hecho las paces con él. Pero a solas, en esas horas nocturnas interminables, siempre regreso a la verdad: que no he hecho las paces en absoluto. Y no creo que pueda a menos que haga esto.

No sé lo que Trent pensaría si lo supiera. Qué diría si, de alguna manera, pudiera verme. Pero han pasado cuatrocientos días. Creo que lo entendería. Durante mucho tiempo fui la única que tuvo su corazón. Sólo necesito ver dónde está ahora.

El corazón tiene sus razones, que nada tienen que ver con la razón: lo sabemos de formas incontables.

BLAS PASCAL

No hay un lugar para dar la vuelta en este camino, aunque quisiera hacerlo. Sólo una caída abrupta por una colina de robles cubiertos de musgo, que sobresalen de la hierba alta y dorada del verano. El camino sigue así durante muchos kilómetros, serpenteando la costa donde él ha estado los diecinueve años de su vida. A menos de sesenta kilómetros de distancia.

Cuando los árboles por fin ceden su lugar al azul del océano, y el cielo a la orilla de su pueblo, me tiemblan tanto las manos que tengo que parar en un mirador, en una cuneta del camino. Una delgada neblina cubre la orilla del acantilado y se funde con la luz de la mañana, que se dispersa sobre el agua. Apago el motor, pero no salgo del coche. En cambio, bajo las ventanillas y respiro. Son respiraciones lentas y profundas, con las que intento tranquilizar mi conciencia.

He estado aquí muchas veces, en Shelter Cove. Varios días de primavera y verano he pasado por este

lugar y he ido al pequeño pueblo de la playa, pero hoy es diferente. No hay nada de la expectación que solíamos tener mi hermana Ryan y yo, en el asiento de atrás, mientras íbamos con nuestros padres en la camioneta, con toallas de playa, tablas para surfear y la nevera llena de comida basura que nunca nos dejaban comer en casa. No noté la sensación de libertad que tuve cuando Trent se sacó el permiso de conducir y vinimos a pasar el día, en su camioneta. Nos sentíamos mayores de edad y éramos unos románticos. Hoy sólo hay una horrible especie de determinación y la tensa sensación que la acompaña.

Observo el agua, a lo lejos, y una idea me viene a la cabeza. Me pregunto si, en alguna de las ocasiones en que he estado aquí, he visto a Colton Thomas. Si Trent y yo alguna vez nos cruzamos con él por la calle, si nos miramos a los ojos durante medio segundo para después ver otra cosa, sin pensarlo, como hacen los extraños. Completamente inconscientes de que un día se crearía este vínculo entre nosotros. Antes de todo. Antes del accidente de Trent, de escribir las cartas y de conocer a los otros receptores; antes de que yo pasara muchas noches esperando noticias de Colton Thomas y preguntándome por qué no me responde.

Es un pueblo pequeño. Lo bastante pequeño como para que nos hayamos visto en alguno de mis viajes.

Pero, una vez más, quizá no sucedió. Probablemente él no pasaba el verano de la manera en que lo hacíamos nosotros. He estudiado la detallada línea del tiempo que la hermana de Colton Thomas escribió en su blog, y que fue lo que me llevó hasta él. Aunque ella no la empezó hasta que lo pusieron en la lista de espera de trasplantes. Sé que él tenía catorce años cuando su corazón enfermó. Lo inscribieron en la lista de trasplantes cuando tenía diecisiete años. Y habría muerto de no haber recibido el órgano, cuando estaba a punto de cumplir los diecinueve. El último día en que Trent tuvo diecisiete años de edad.

Aparto de mi mente esta idea y la pesada sensación que la acompaña. Vuelvo a respirar hondo y me recuerdo lo cuidadosa que debo ser con esto. Ya he incumplido demasiadas reglas escritas y protocolos diseñados para proteger a las familias de los afectados, que tratan de evitar que sepan demasiado. O que esperen demasiado.

Pero, cuando encontré a Colton y vi que su historia estaba expuesta en la red, para que cualquiera la viera, en mi mente cambié estas reglas por otras. Reglas y promesas que he repetido una y otra vez, que me han llevado hasta aquí y que me fortalecen para volver a la carretera mientras las repito: respetaré el deseo de Colton Thomas de no tener contacto, aunque creo que jamás llegaré a entenderlo. Sólo quiero

verlo. Ver quién es en realidad. Tal vez entonces yo pueda entenderlo. O, por lo menos, quedar en paz con él.

No voy a interferir en su vida. No voy a hablar con él, ni tan sólo para escuchar su voz. Él no sabrá siquiera que existo.

Aparco enfrente del local de alquiler de kayaks Good Clean Fun y apago el motor, pero no salgo del coche. En cambio, me tomo un momento para observar la tienda, como si pudiera ver algo que me diga más sobre Colton que todas las publicaciones en el blog de su hermana. Tiene el mismo aspecto que en las fotos: tablas de remos y kayaks perfectamente apilados llenan los estantes a ambos lados de la puerta; brillantes salpicaduras amarillas y rojas contra el color gris de la mañana. Puedo verlo a través de la ventana, está detrás de una serie de trajes de neopreno y chalecos salvavidas ordenados en fila, listos para los clientes que entren en busca de aventura. Nada fuera de lo normal. Aun así, es extraño verlo ahora. Debo de haber pasado más de una vez por delante y nunca le presté atención. Hoy es como si lo conociera, con una historia que contiene muchas cosas más que los equipos en los estantes.

El local está cerrado, y la calle se ve casi vacía; ex-

cepto en el muelle que se adentra en el océano, picado y gris, donde se ven los habitantes de la localidad paseando. Los surfistas salpican el agua a ambos lados de los pilares, cubiertos por mejillones. Un pescador pone el cebo en la caña y la lanza por encima de la baranda. Dos ancianas en chándal caminan a paso rápido por la orilla del agua, charlando y agitando los brazos con entusiasmo mientras avanzan. Y, en el estacionamiento junto al muelle, tres muchachos en pantalones cortos y sandalias descansan contra la barandilla. Miran las olas mientras sostienen en las manos unas tazas de café humeante.

Pienso que tomar un café puede ser una buena idea. A falta de otra cosa, podría usar una taza para calentarme las manos. Tal vez eso sea suficiente para que dejen de temblar. E ir a buscarlo me entretendría; dejaría de estar sentada al otro lado del local, esperando, mientras poco a poco pierdo la seguridad en mí misma.

En la misma calle veo una puerta con un letrero interesante: «EL LUGAR SECRETO». Le echo un último vistazo al local de alquiler de equipos, luego salgo del coche y bajo la acera, tratando de parecer cómoda y relajada, como si viviera aquí.

El aire está espeso por la niebla de la mañana y el olor a sal del agua, y, aunque más tarde el calor aumentará, mientras camino noto frío en los brazos, y



se me pone la piel de gallina. Cuando abro la puerta de la cafetería, el olor del café me envuelve, y oigo las dulces notas de una guitarra acústica, que vienen de la pequeña campana que está sobre la puerta. Mis hombros se relajan un poco. Casi siento como si sólo quisiera tomar un café, tal vez dar un paseo por la playa e irme sin cruzar más líneas. Pero sé que no es cierto. Hay demasiadas cosas importantes alrededor de esto, y de él, como para que sea capaz de hacerlo.

Me sobresalto al oír la voz que sale de detrás del mostrador.

—¡Buenos días! Enseguida estoy contigo. —El timbre es cálido y fácil, como una sonrisa.

—Muy bien —respondo, consciente de lo acartonada que suena mi voz en contraste con la suya.

Como no estoy acostumbrada a tratar con la gente, intento pensar en algo que añadir, pero me quedo en blanco. Doy un paso atrás y miro a mi alrededor. Es un lugar acogedor; en las paredes de color turquesa destacan las fotografías en blanco y negro de surfistas. En el techo cuelgan viejas tablas de surf, sujetas con cuerdas gastadas. Junto al mostrador, apoyada en la pared, hay otra tabla. Ésta tiene un trozo arrancado de un mordisco y sirve para mostrar el menú, escrito a mano.

No tengo hambre, pero lo leo de todos modos,

para ver si tienen un burrito para desayunar. Era el favorito de Trent, sobre todo después de nadar por la mañana. Si él salía temprano, y teníamos tiempo antes de regresar a la escuela, íbamos al pueblo y nos comprábamos un burrito para compartirlo en nuestro pequeño lugar secreto: un banco que queda oculto detrás del restaurante y tiene vistas al arroyo. En ocasiones hablábamos de su próxima reunión, o de la mía, o de nuestros planes para el fin de semana. Sin embargo, mi momento favorito era cuando sólo nos sentábamos allí, con el suave sonido del agua fluyendo sobre las rocas y el agradable silencio que surgía entre nosotros.

Un muchacho con el pelo suelto, de color rubio, y los ojos de un tono azul brillante, sale por la puerta de la cocina, secándose las manos con un trapo.

—Lamento la espera —dice, y me lanza una sonrisa que muestra su dentadura tan blanca que contrasta con la piel bronceada—. Aún no ha llegado mi ayudante. No sé por qué.

Mueve la cabeza hacia la pizarra que muestra las condiciones para surfear: «Olas del sur de dos metros, brisa marina. ¡Salga de aquí!». Cuando mira por la ventana a la playa y se encoge de hombros, tengo la sensación de que está de acuerdo con eso.

No digo ni una palabra. Finjo leer el menú. El silencio me hace sentir un poco incómoda.

—De todos modos —continúa, juntando las manos—, ¿qué te apetece tomar?

En realidad no quiero nada, pero ya es demasiado tarde para irme. Además, el chico parece agradable.

—Quiero un café moca —digo, pero no parezco completamente segura.

—¿Eso es todo? —pregunta.

Muevo la cabeza de arriba abajo.

—Sí.

—¿Estás segura de que no quieres nada más?

—Sí. Quiero decir, no, gracias. Estoy segura.

Bajo la vista al suelo, aunque puedo sentir que él me sigue mirando.

—Está bien —dice después de un largo momento. Su voz es más suave ahora—. Te lo traeré dentro de un minuto. —Hace un gesto en dirección a las cinco o seis mesas vacías—. Hay muchos asientos, elige el que quieras.

Escojo una mesa situada en una esquina y que da a la ventana. Afuera, el sol se abre paso a través del gris de la mañana y le infunde al agua luz y color.

—Aquí tienes. —El muchacho me sirve una taza de café y un plato con una madalena—. Plátano con virutas de chocolate —dice cuando lo miro—. Sabe a felicidad. Podrías usar un poco de ella esta mañana, así que es por cortesía de la casa. El café también.

Sonríe, y entonces reconozco la forma cuidadosa en que lo hace. No se trata sólo de esta mañana. Es la misma sonrisa que la gente me está ofreciendo desde hace tiempo, una mezcla de compasión y pena, y me pregunto qué será lo que las personas ven en mí que les hace pensar que la necesito. ¿Mi postura?, ¿mi expresión?, ¿mi tono? Es difícil adivinarlo después de tanto tiempo.

—Gracias —digo. Y luego trato de sonreír de manera amable, para que ambos estemos seguros de que me siento bien.

—¿Ves? Ya está funcionando. —Él sonríe—. Por cierto, mi nombre es Chris. Llámame si necesitas algo más, ¿de acuerdo?

Yo afirmo con la cabeza.

—Gracias.

Regresa a la cocina. Me apoyo en el respaldo de la silla, con la taza caliente entre mis manos, y me siento un poco más tranquila. Aunque aún puedo ver el local de alquiler de kayaks al otro lado de la calle, siento una distancia segura y razonable. Como si no hubiera hecho algo mal al estar aquí. Un surfista camina por la acera, y atrapo un atisbo de ojos verdes y piel bronceada que hace que aparte la vista rápidamente hacia la espuma de mi moca. Es atractivo. Me parece sorprendente que lo haya notado, y eso me hace sentir un poco culpable.

Un momento después, la puerta se abre y él avanza directo hacia el mostrador, sin verme en el rincón. Toca el timbre cinco veces, con rapidez.

—¡Eh! ¿Alguien está trabajando aquí hoy o todos están fuera, en el agua?

Chris regresa de la cocina, con una sonrisa de familiaridad en el rostro.

—Bueno, mira quién ha decidido regalarnos su presencia esta mañana. —Se saludan con un choque de manos y se abrazan en el mostrador—. Me alegro de verte, hombre. ¿Ya has surfado?

—He visto la salida del sol en el agua —dice el chico que tiene los ojos verdes—. Deberías venir. Ha estado bien. ¿Por qué no te he visto allí? —Coge una taza y la llena él mismo.

—Alguien tiene que encargarse del local —contesta Chris, tomando un sorbo de su taza.

—Alguien tiene equivocadas sus prioridades —señala el otro, con toda seriedad.

Chris suspira.

—Ya pasa.

—Lo sé. Cuando no lo estás intentando —dice simplemente su amigo. Sopla sobre su taza—. Por eso tienes que estar allí ahora, para que no eches de menos esas cosas.

—Eso es profundo, amigo. —Chris sonrío—. ¿Tienes otras sabias palabras que quieras decirme?

—No. Pero se supone que este oleaje seguirá. ¿Sesión al amanecer mañana?

Chris inclina la cabeza, reordenando sus prioridades.

—Vamos. —Su amigo sonrío—. La vida es demasiado corta. ¿Por qué no lo haces?

—Muy bien —dice Chris—. Tienes razón. Cinco y media. ¿Quieres algo para comer?

Cuando una pequeña parte de mí espera que él responda que sí, para que se quede, me doy cuenta de que he seguido la conversación con mucha intensidad. Y a él también. Consciente de ello, me acerco la taza a los labios, más para esconderme detrás de ella que para tomar un sorbo. Me obligo a mirar de nuevo la calle por la ventana.

—No, tengo que abrir la tienda. Una familia de ocho personas vendrá a alquilar kayaks dentro de un momento, y le prometí a mi hermana que estaría allí para atenderlos.

Sus palabras, pronunciadas de manera casual, me golpean con rapidez, como una andanada de flechas: *kayaks, tienda, alquilar, hermana*. Mi estómago se revuelve ante la posibilidad de que sea él. De pie, a unos cuantos metros. Inspiro deprisa y de inmediato me atraganto con el café. Los dos muchachos me miran mientras toso y estiro la mano para coger el vaso de agua que hay en la mesa. Golpeo mi taza, y cae al sue-

lo con un gran estrépito. El café se ha derramado por todas partes.

El surfista da un paso hacia mí mientras yo salto lejos de mi asiento. Chris le lanza un trapo por encima del mostrador.

—Colt, atrápalo.

El corazón se me sale del pecho y se lleva todo el aire de la sala con él, de modo que no puedo respirar.

Colt. Como Colton Thomas.